

"es un rollo"
"no se entiende"
"¿para qué vale?"
"yo la suspendí tres veces"
"yo no valgo para ciencias"
"es demasiado larga"
"hay que chapar demasiado"
"aburre a un elefante"
"está tirada"
"yo la dimos en 1º"
"no se me da"
"no entra en examen"
"tampoco a mi padre se le daba"
"debíamos estudiar cosas útiles"
"me amargó un verano"
"no se entiende el libro"
"debía dejarse libre"
"me aburrí"



2

"no quieren estudiar" = no "quieren" la ASIGNATURA



HISTORIA DE UN ÉXITO Y DE UN FRACASO

- Señor profesor, ¿a qué edad puede escoger uno lo que le guste?
- Cuando se casa, cuando se hace una carrera, cuando uno tiene dinero ganado en su bolsillo.

Esto de que los alumnos estén situados en una zona en que tienen que pasarla mal, hacer las cosas a disgusto y perder el tiempo en ejercicios y asignaturas inútiles, constituye el mayor peso negro contra la escuela y el Colegio.

Por otra parte, la existencia, no siempre autorizada, de artículos periodísticos que claman contra la inutilidad de muchas asignaturas y la poca vitalidad que a muchos temas se les da en las clases, hace que los alumnos se resientan contra los programas y se vean apoyados por los mismos padres en su deseo de verse liberados de lo que ellos llaman "carga muerta".

Existen dos hechos evidentes: la cantidad de materia que encierra cada asignatura y la poca trascendencia vital que se da en clase a muchos temas.

Por ello, parece que se impone una reducción. Y, al mismo tiempo, dado que muchas asignaturas interesan indistintamente a unos o a otros alumnos, un eficaz sistema de opción puede, en parte, resolver el problema.

ESCUCHE:

"es un rollo" "no se entiende"
"¿para qué vale?"

"no se me da"
"me amargó un verano"

NO DIGA:

NO QUIERE ESTUDIAR
BUSQUE POR QUÉ NO
LE GUSTA LA ASIGNATURA

1. "es un rollo"

Quizá lo sea. Hay asignaturas que no presentan a primera vista interés alguno. Quizá un buen profesor podrá cambiar esa mentalidad. Pero no intente decirle que "es muy bonita" y que "a muchos le gusta". Puede ser un rollo. No se trata de discutir si es bonita o no. ¿Qué hace usted cuando un hijo le dice que no le gusta la comida y no la ha probado siquiera? "Es un rollo" ¿o es que "no la entiende"? No hay más remedio que "comer", sin liarse en una discusión de que si la "comida" es buena o no para la salud y de qué será de ti el día de mañana si hoy no comes lo que te disgusta. Comer. Estudiar. Ayudarles a estudiar. Buscar las razones de qué quiere decir "que es un rollo". Verá usted que, a pesar de campañas válidas adversas, muy pocas asignaturas hay "rollo, rollo" para cualquier niño medianamente inteligente. Quizá, como siempre, lo más difícil sea el primer bocado. Pero hace falta oír: es muy probable que detrás de "es un rollo" descubra usted otros problemas interesantes. No lo ataque directamente. Déjele hablar. Admitale, incluso, cosas no tan exactas. Calle, no discuta. Pero, a pesar de todo, ¡qué le vamos a hacer! Hay que estudiarlo, ¿no te parece? Anímelo.

2. "no se entiende"

Admita el hecho. No intente remediarlo con "no entiendes porque no atendiste al profesor". Eso es pasarlo bien y no acabar nunca. A veces el "no se entiende" es una necesidad de ayuda afectiva, más que intelectual: es estar a su lado. A veces, indica un bache en conocimientos an-

teriores de otro curso o que se ha descuidado en el presente y ahora no entiende porque ignora las lecciones anteriores. Otras veces no es más que un simple deseo de dejar las cosas e irse, pensando que ya mañana lo explicará el profesor o se lo preguntará a un compañero. Ayúdele a buscar la solución. Anímelo. Que lo intente por sí mismo; que lo busque en páginas anteriores en el libro. Luego que llame a un compañero, si él solo no es capaz. Finalmente, que le pregunte al profesor, al día siguiente en clase o en particular. No le deje pasar días y días, sin que entienda las cosas. Sería el mejor modo de desanimarle, al encontrarse después con tanta tarea incomprendida. Y no cometa el error de que se lo estudie de memoria y ya está. Si usted tiene tiempo y coraje para tomársela, hágale preguntas inteligentes, que le hagan discurrir, esquemas escritos, comparaciones, cámbiele los términos. Esto puede animarles y darles seguridad en sí mismo. Por último, tómelo con paciencia; la labor de "entendimiento" no se crea; sólo, y con grandes dificultades, se perfecciona. Pero, por favor, no discuta: "tienes que entenderlo, sea como sea". Ayúdele, anímelo a buscar pistas en el libro, en sí mismo, en compañeros, en el profesor y pregúntele luego si habló con él y si halló la solución. Y felicítelo. Es el único modo de animar siempre y, especialmente, en los éxitos.

3. "¿para qué vale?"

No le responda usted. Se liará en una discusión imposible, la mayor parte de las veces. Y, desde luego, no le dé razones falsas. Hay unas reales, pero ingratas, que no se puede insis-

tir mucho en ellas, pero algunos llegan a comprenderlas suficientemente: "para hacer un bachillerato".

— pues ya no quiero hacer un bachillerato. Hay mucha gente que no lo hizo y le va muy bien; y muchos que lo hicieron y no les valió para nada.

— déjate de tonterías. Hoy no se puede pensar en eso.

No siga usted por ahí. Piense que puede llevar razón, al menos en teoría, y la práctica es muy difícil de equilibrar. Quizá su hijo no halle en usted una gran inquietud de cultura o no le rodee un ambiente intelectual. Las razones que, por tanto, usted aduzca en favor de una asignatura pueden ser también "inválidas". ¿Por qué no admite su crítica sincera? No se ponga en contra. Hable. Y pídale a él mismo razones por las que la asignatura puede valer para algo. Va a ser difícil de que no encuentre alguna. Y, al menos, no encontrará en usted también un aliado de programas que usted mismo muchas veces condena. Después, pregúntese usted seriamente por qué esta asignatura le interesará a alguien. ¿Se atrevió algún día a pedirle al profesor que les explique a ustedes, los padres, y a los alumnos para qué vale su asignatura? Por otra parte, sospeche que en el Colegio no dan esa asignatura de un modo muerto y hay centros de interés, más o menos intrínsecos, que pueden ayudarle a que usted encuentre razones de "valía".

4. "no se me da"

Hay tierras a las que no se le dan las uvas. Pero hay gentes fertilizantes que logran siempre su cosechita,

Quizá sea problema de método, más que de asignatura. Hay que buscarle un entrenador para que estudie el terreno y "se le dé". El entrenador puede ser el mismo alumno que "no se le da" porque no practica. O tiene ya vergüenza de practicar ante los demás. O tiene esa fama encima de que a ese "no se le da". Para que a un niño "no se le dé" algo, hace falta recorrer mucha historia: quizá "no se le daba" ya a sus padres. O "se le daba" demasiado y, en revancha, sigue fallando el "dar-

se". Mire usted también su historial pedagógico de esa asignatura en otros cursos. Consulte el Servicio de Psicotecnia y vea qué dificultades puede tener en esa clase de asignatura y qué apoyos puede dársele. Quizá se trate de un niño pasivo, como si la asignatura fuera a "dársele" a él, más que él a la asignatura. No lo califique demasiado pronto: "a ti hay que hacértelo todo". Terminará creyéndose y no hará nada. Sólo un trabajo personal le irá dando fe en sí mismo.



5. "me amargó un verano"

Muchos creen que el suspender a un alumno es bueno para que así aprenda y se estimule en lo sucesivo a no perder el tiempo. Otra cosa es el suspender a quien se lo merece, sin más. Pero intentar educar a base de suspensos para que trabaje más es desconocer el 90 % de las reacciones normales de los alumnos. Cada uno lleva por dentro su historia negra. Los fracasos, los suspensos, no sólo pueden hacer coger odio a la asignatura, sino al profesor y enfriar la relación normal que debe existir en los compañeros. Se ha comprobado que la postura respecto al grupo ha variado desde los primeros suspensos y ha situado a los suspendidos en

zonas típicas: agresivas, perezosas, pesimistas, indóciles, etc. Por otra parte, son grandes los problemas que el alumno plantea a la familia: vacaciones, relación social y el panorama más íntimo de los padres que se sienten defraudados interiormente por el fracaso o suspenso del hijo. A eso debe añadirse el historial de la asignatura suspendida, que la hará ya ingrata muchas veces. Si se trata, además, de alguna asignatura fundamental, como lectura, cálculo o escritura, su repercusión en los demás es muy notoria y diaria. A un disléxico, que confundía letras o sílabas, jamás se le olvidará que, con el suspenso, venía la risa de los compañeros o del profesor por su mala pronunciación o su disgrafía. Por ello, los odios a las asignaturas sus-

pendidas alguna vez pueden llegar a una auténtica venganza e inhibición por parte del alumno. Una reconciliación sólo podrá alcanzarse a base de pequeños éxitos y de mucho ánimo por parte de padres y educadores. Finalmente, luche con fuerza para que los pequeños fracasos en asignaturas no constituyan un auténtico fracaso personal. En definitiva, si usted tampoco puede salvarle de suspensos, no insista demasiado en ellos. Que su hijo sepa que usted sigue teniendo fe en tantas cosas buenas que tiene. Sea positivo. Y recuerde siempre que un suspenso en matemáticas no es un suspenso en vida, a no ser que nuestra intranquilidad ansiosa —"¿qué va a ser de tí!"— se lo haga creer sin remedio.

LA HISTORIA

DE ÉXITOS Y FRACASOS

CONSTITUYE LA RAZÓN DE QUE LOS ALUMNOS

APRECIEN O NO UNA ASIGNATURA

NO LES ANIME CIEGAMENTE A QUE LA ESTUDIEN

COMPRUEBE ANTES SI LES GUSTA O NO Y POR QUÉ

animar

animar

ver gusto

animar

o disgusto

animar

asignatura

animar